

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 5 DE NOVIEMBRE DE 1896

NUM. 311

NUESTROS ACTORES



ANTONIO LABASTIDA.

TRISTEZA

(DE LAMARTINE.)

Llebadme á aquellos plácidos confines
Do Parténope mira
En mar azul que sin rumor expira,
Reflejarse palacios y jardines
Y el coro de astros que sobre ella gira;
Do bañado por cándidas espumas,
Hiergue el naranjo florecientes ramos
Bajo un cielo sin brumas.
¿Por qué tardáis? Partamos.
Ver otra vez como levanta ansío
El Vesubio triunfal la roja frente
Del seno del mar frío;
En su dulce vertiente
Quiero ver la alborada
Surgiendo de las aguas cristalinas,
Y conducir los pasos de mi amada
Por sus verdes colinas.

Ven, sigamos las curvas caprichosas
De aquel golfo tranquilo,
Ven conmigo á las playas arenosas,
De nuestro amor un tiempo grato asilo.
La tumba de Virgilio allí contemplo;
Allí miro de Cintia los vergeles,
De Venus allí el templo.
Al pie de los naranjos y laureles,
Entre aquellos sarmientos trepadores
Que á los mirtos abrazan,

Y á tu frente un dosel de hojas y flores
Flexibles entrelazan,
Al rumor de las olas
Y el viento que en los árboles murmura,
Con nuestro amor á solas
En medio de la selva entretegida,
¡Tendrán allí tan celestial dulzura,
Ambiente luz y vida!

La antorcha de mis dias ya se apaga;
Al soplo del dolor se extingue lenta:
Si arroja claridad trémula y vaga,
Es que el recuerdo tuyo la alimenta.
Quizás Dios no permita
Que mi jornada acabe en este suelo;
Mi pálido horizonte se limita,
Y ya lo cubre funerario velo.
Pero, si he de morir en mi alborada,
Si en esta tierra, en vano
Al placer consagrada,
Deja caer mi temblorosa mano
La copa que con burlas engañosas
Quiso el destino coronar de rosas,
Que me llevase Dios solo quisiera
Al lugar que embellece placentera
Tu memoria querida,
Y saludar de lejos su ribera,
Y perecer donde gusté la vida!

T. LLORENTE

MISCELANEA

En una tienda.
—Las indianas deben ser de la India.
—¡Es claro!
—¿Y las cretonas?
—Pues esas deben ser... de Creta.

—Vengo á suplicar rendido
se empeñe usted con Perales.
—¡Pues ya está usted complacido!
¡Ayer le pedí mil reales!

—¿Con que ya no te emborrachas?
preguntaban á Merules.
—No—contestó compungido.
—¿Por qué?
—Por estas razones:
cuando estaba á medios pelos,
veía á mi suegra doble.

En una escuela.
—¿Quién hizo el mundo?
—Mi padre. Pero yo le ayudé bastante, por-
que puse las visagras y lo empapelé por dentro.

Como anunciamos la semana pasada, todos los dibujos de este número son debidos al lápiz del eminente pintor, gloria de Cataluña y de España entera, don Modesto Urgell, cien veces laureado y admiración de propios y extraños.

Es tan popular y conocido el eximio pintor, que creemos inútil añadir una palabra sobre lo dicho, ni hacer un juicio crítico de sus obras harto conocidas, juzgadas y tenidas en gran estima.

Sólo nos resta darle las más expresivas gracias por la honra que nos ha proporcionado.

Nuestro querido director, señor Suárez Casañ, salió el domingo para París á gestionar asuntos relacionados con las grandes reformas que LA SAETA piensa introducir desde año nuevo. Se detendrá en la capital de Francia breves días y de allí pasará á Viena.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Calle de Valencia, 311 — Barcelona.

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 5 DE NOVIEMBRE DE 1896

NÚM. 311

NUESTROS ACTORES



ANTONIO LABASTIDA.



DESEMBARCO PARA LA PESCA DE OSTRAS, por E. Feyen.

MADRID POR HORAS

Para tipos originales de invierno, entre la variada multitud de ellos los que conocí hace poco. Y crean ustedes que se merecen una croniquilla y hasta unos monos.

Padre é hijo vivían juntos en un interior de la calle del Gato.

El padre había sido título extremeño, pero una tarde se lo vendió á un concejal por nada.

Padre é hijo, vivían como digo á la francesa, es decir, como los padres é hijos de algunos folletines.

—¡Lázaro!—gritaba el padre con voz de trueno.—Levántate y anda, que son las tres.

—No me da la gana—contestaba el hijo.—Tengo sueño.

—¡Eres un animal!

—¡Y tú otro!

Es decir que, que eran dos animales.

Comían de vez en cuando en un *restaurant* económico ó en casa de algún amigo, con mayor economía.

Después, cogidos del brazo, y persiguiendo á las muchachas, frecuentaban los teatros con billetes *tifoideos*.

—Parecemos hermanos—se decían.—Somos dos buenos camaradas que entendemos la vida y aprovechamos nuestra juventud.

La juventud del padre *rayaba* en los 60.

Encanecía.

Pero los dos eran tipos distinguidos que les sentaba bien la ropa, aunque al sastre le sentara mal.

La portera llamaba al padre señor don Primitivo, y hasta marqués, porque un día le vió la corona en la petaca.

Cierta noche *penetraron* en un café de camareras, y don Primitivo se enamoró de Esperanza, camarera salamanquesa del turno del rincón más obscurito.

Pidieron dos chicas de cerveza; Lázaro fué á beber, y se enamoró también de repente.

Con más vigor si cabe, porque, cogiéndola una mano, se la besó por debajo de la mesa en silencio.

La mujer protestó levemente y el padre tuvo que amonestarle.

— ¡Esa mujer, desde este momento (eran las once y diez minutos) es sagrada para tí.

— ¡Padre! luego ¿la amas?

— ¡Barbaramente!

— ¡Pues yo también!

— ¡Sin vergüenza!

— ¡Y será mía!

— ¡Eso me lo dirás en la calle!

— ¡Ahora mismo!

Esperanza intervino cuando ya salían sin pagar.

Era romántica como un copo de nieve, y les habló de su amor como de un imposible.

— Yo—exclamaba—soy libre como una pájara; eso sí, mi corazón es puro como la onda, pero una, vamos al decir, *necesita* cubrir sus *necesidades*.

Y pidió un *bisté* con patatas.

Padre é hijo inclinaron la cabeza.

Meditaban.

Poco después se despidieron de Esperanza, que les ofreció su turno á pesar de todo.

Ya en la calle, don Primitivo abordó la cuestión.

— Haciendo uso de mi autoridad paternal, te ordeno que no vuelvas á ver á esa mujer.

— Padre mío, no me pidas eso ó nos romperemos la crisma.

Gracias á que pasaba el sastre y tuvieron que huir en dirección opuesta; sino, allí mismo se zurrar la badana.

Pasó aquello. Eran dos buenos camaradas, como se complacía en decir don Primitivo.

¿No nos ha ofrecido el turno á los dos?—decía éste.— Pues bien, uno va á turno par, y otro á turno impar.

Pero la camarera dijo que nones.

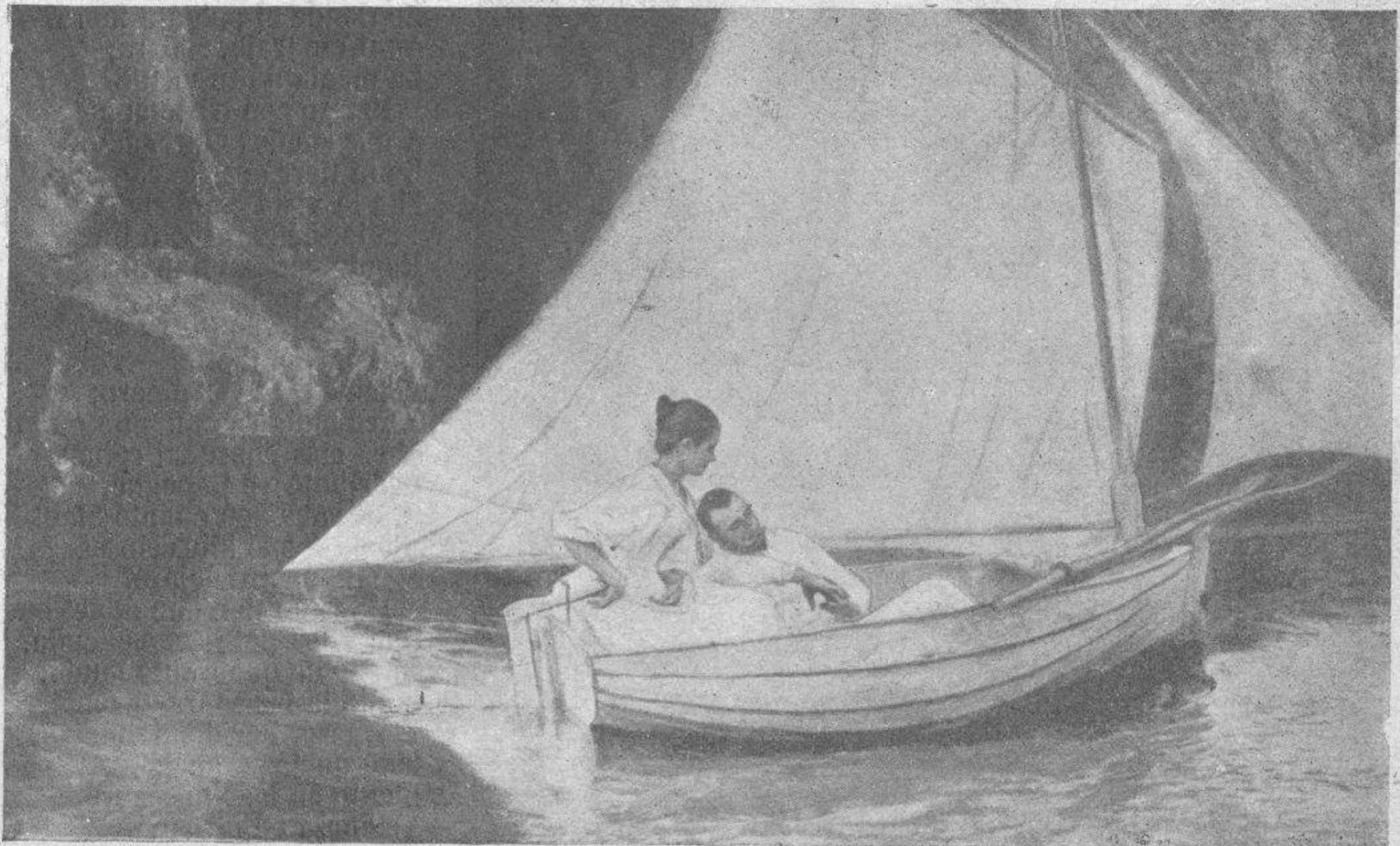
— Como una *necesita* cubrir sus *necesidades*...

A pesar de todo, Lázaro, cuyo corazón late todavía amorosamente, dice á don Primitivo:

— ¡Oh! ¡Gracias de todos modos por tu sacrificio! ¡Tú eres mi padre!

Y caen abrazados melancólicamente sobre el mozo del *restaurant*, que les presenta la cuenta!...

José BRISSA



LA BARQUILLA, por Friand.

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

Charitas non est ambitiosa; non quaerit quae
sua sunt. *San Pablo á los Corintios, XIII, 5.*

Impulsos del corazón
Tráenme, señora, á tus pies,
¡Ah! No temas; que no es
Mi pecado la ambición.

Yo soy un alma apenada
Que solitaria camina,
Querrellosa y peregrina
De otra parte desterrada.

Como el ave y como el viento
Rauda giro, libre canto,
Hasta los cielos levanto
El ansioso pensamiento.

Y aspiro en la inmensidad,
Tranquilo dichoso, ufano,
El aliento soberano
De Dios, Patria y Libertad,

La libertad, santa idea
Que Jesús llevó al Calvario,
No es el numen sanguinario
Que agita nefanda tea.

No es la ley de los que oprimen
A tristes de débil pecho,

Ni al miserable derecho
Conquistado por el crimen.

La fe, la fraternidad,
El amor y la esperanza
Son en próspera alianza
Fuentes de la libertad,
Por eso apuro sediento
De sus linfas la dulzura,
Y libre vivo en la pura
Expansión del sentimiento.

Deja, ¡oh Reina! que un instante
Llegue á tus plantas gozoso
Y que á tu sombra reposo
Busque el peregrino errante. —

Hay en España una tierra
Siempre verde, siempre hermosa,
Alza en ella majestuosa
Su frente gigante sierra.

Que allende la mar ve el moro
Allá desde el Atlas rudo,
La contempla torvo, mudo,
Bañado en acerbo lloro.

Y en cólera aun no apagada,
Su fuerte pecho se agita;
Que aquella tierra bendita
Es la tierra de Granada,
Un rey débil la perdió;
Ganóla cristiana gente;
Es la perla de Occidente:
De ésa tierra vengo yo.

¿Quién me trajo? ¿Cómo aquí
Bajo artesón opulento,
Yo que sólo al libre viento
Siempre mis cantares di?

¡Yo el sencillo trovador
Entre el tumulto escondido;
Como se esconde en su nido
En el bosque el ruiseñor!

¿Por qué suena mi laúd
En donde el potente mora?—
Aquí me trajo, señora;
La magia de tu virtud.

Iba yo con triste anhelo
A mis sueños entregado,
En la tierra el pie cansado,
Fija la vista en el cielo.

Mis sueños vino á turbar
Hondo gemido que oí;
Volví el rostro y luego vi
A una cuitada llorar —

¿Por qué lloras? — Pobre España
Pídemme otra vez dinero;
Y ¿cómo darle, aunque quiero,
Si es más pobre mi cabaña?

Tributo yo le pagué,
¡Dios sabe con cuanto afán!
¿Cómo á mis hijos sin pan,
Siendo madre dejaré?

¿Dios no tiene un ángel bueno
Que á los pobres nos acuda?
Quedó de quebranto muda;
Dobló la faz sobre el seno...

Y pasó. Por donde fui
Sólo quejas escuché;
Llanto en los unos miré,
Amenaza en otros vi.

Y se escuchaba el rumor
Del pueblo ya conmovido,



LA LECCIÓN, por A. Bramtot.

Como lejano zumbido
De huracán aterrador.

¡Oh! Dios, á tu pueblo mira;
No levantes de él tu mano;
Castiga al réprobo insano
Que provoque audaz tu ira.

Mas, ¡ah! ¡no al honrado y fiel
Alcance tu indignación!...

Y Dios en el corazón

Tocó á la augusta Isabel,

Ardió en amor: corrió el lloro

En sus ojos siempre fijos

En sus pueblos, en sus hijos;

Brotó de sus manos oro,

Y España la oyó exclamar

Transportada de alegría:

«¡Bien haya la hacienda mía,
Que os puede el llanto enjugar!

¿Rica yo? ¿Vosotros penas!

Tomad la herencia sagrada

Por mis abuelos ganada,

Y la sangre de mis venas.»

Dios tu corazón bendijo,

Por él brilló la ventura,

Por él luego su amargura

Trocó España en regocijo.

Y en ardoroso tropel

Amante te victorea,

Y zumba el bronce y voltea

Aclamándote, Isabel.

¡Oh tú, que en lazos tan bellos

Corazones eslabonas;

Tú que ciñes dos coronas

Sobre los blondos cabellos.

La altiva diadema real,

Y la de virtud más cara;

¡Oh, tú, mi reina preclara!

Ven á mi mundo ideal.

Yo soy un mago que evoco

A los héroes cuando canto,

Y del polvo los levanto

Si su helada tumba toco.

Y como aliento recibo

De las pesadas grandezas,

Héroes cantando y proezas

Entre sarcófagos vivo.

Hay uno que admiro yo

De las artes muestra rara,

Que en mármoles de Carrara

El buen Borgoña labró.

Yacen en bultos sobre él,

Cual durmiendo en sueño blando,

El católico Fernando,

La católica Isabel.

En la densa obscuridad

Se envuelve la nave altiva,

Y parece que la ojiva

Se pierde en la eternidad.

Alto silencio: la gloria

Allí reposa de España:

Allí de hazaña en hazaña

Va pasando la memoria.

Sombras se miran vagar

De alto nombre y gran valor,

Y como en guardia de honor

Yace á la puerta Pulgar.

Colón, un mundo en la mano,

Ante Isabel se arrodilla,



FLOR DE MAYO, por Henry Perrault

Y en la de Gonzalo brilla
La espada del Garellano.

Allí en el retablo están,
Con su cruz, el gran Cisneros
Y aguerridos caballeros,
Conquistadores de Orán,

A compasión nos provoca,
Yaciendo en letal reposo
Junto á Felipe el Hermoso,
La infeliz Juana la Loca;

Y porque en aquel recinto
Nada falta á lo inmortal,
Allí el águila imperial
Representa á Carlos Quinto.

¡Oh, cuán puras, cuán brillantes
Las páginas de la historia
Eternizó la memoria

De aquel mundo de gigantes!

¡Isabel! Tú, que en grandeza

A aquellos héroes igualas;
Tú, que has tendido las alas
Y has llegado hasta su alteza;

Tú, que no rindes al oro
Miserable idolatría

Y le truecas Reina mía,
Por máspreciado tesoro;

Tú, cuya te se acrisola
Del patrio amor en la hoguera,
Y eres con el alma entera
Antes que Reina, española;—

Renueva antiguas hazañas,
Rompe del tiempo los lazos,
Alza á la gloria en tus brazos
Al hijo de tus entrañas;

Hazle la imagen tocar
De la primera Isabel,
Y en ella, en Ti, tome fiel
Ejemplo para reinar.

MANUEL F. Y GONZALEZ



DECLARACIÓN

(DE HEINE)

Comienza el mar á gemir
Y las sombras á caer:
Sentado en la extensa playa
Miro con triste avidez
Danzar las revueltas olas
En espumoso tropel;
Y mi corazón con ellas
Alborótase también.
Memorias y anhelos vagos
Surgen y crecen en él,
Porque tu voz y tu imagen
Oigo y miro, dulce bien:
Tu imagen, que sobre todo
Flota siempre, pura y fiel;
Tu voz, que en todo la escucho
Y en todo la escucharé,
En el viento que solloza,
En la ola, muerta á mis pies,

Y hasta en el propio suspiro
De mi recóndito ser.

—
Con ligera caña escribo
En la arena: «te amo, Inés.»
Y suspirando traidora,
Mansa viene la ola infiel,
Y al punto borra la dulce
Declaración de mi fe.

—
¡Caña frágil! ¡Leve arena!
¡Pérfida mar! ¡Ola cruel!
Para nada os quiero; nunca
A engañarme volveréis.
En la selva escandinava
Crece altivo, entre otros cien,

Abeto, que al cielo sube:
Ese abeto arrancaré.
En las entrañas del Etna
Fuego eterno se ve arder;
En las entrañas del Etna
Hundiré el tronco después.
Con esa tremenda pluma
Y esa tinta escribiré
En la bóveda enlutada
De la noche; «te amo, Inés.»

—
Entre los vívidos astros
Las cifras de mi querer
Brillarán todas las noches,
Hoy y mañana y después.
Generaciones de ángeles
Veránlas resplandecer,
Y por siglos de los siglos
Repetirán: «te amo, Inés.»

T. LLORENTE

ILUSIONES Y DESENGAÑOS

Dejé mi pueblo, partí á la guerra,
soldado fui;
dejé mi novia, dejé mi tierra
¡y me lucí!

—
Tras una ausencia de más de un año
volví al lugar,

me acerqué al río y me di un baño
muy regular.

—
Corrí á su casa muy decidido
con un regalo;
«Ven» dije á voces, ¡y su marido
me atizó un palo!

Luis RIVERA



LA ELECCIÓN DE PERRO, por Alonso Pérez.



RECRUDESCENCIA DEL PASADO, por V. Baldancoli.

EPITAFIO

Hermano fuiste del que aquí reposa,
Descuidado y alegre peregrino
Que ruedas como incauta mariposa
De la vida en el raudo torbellino.

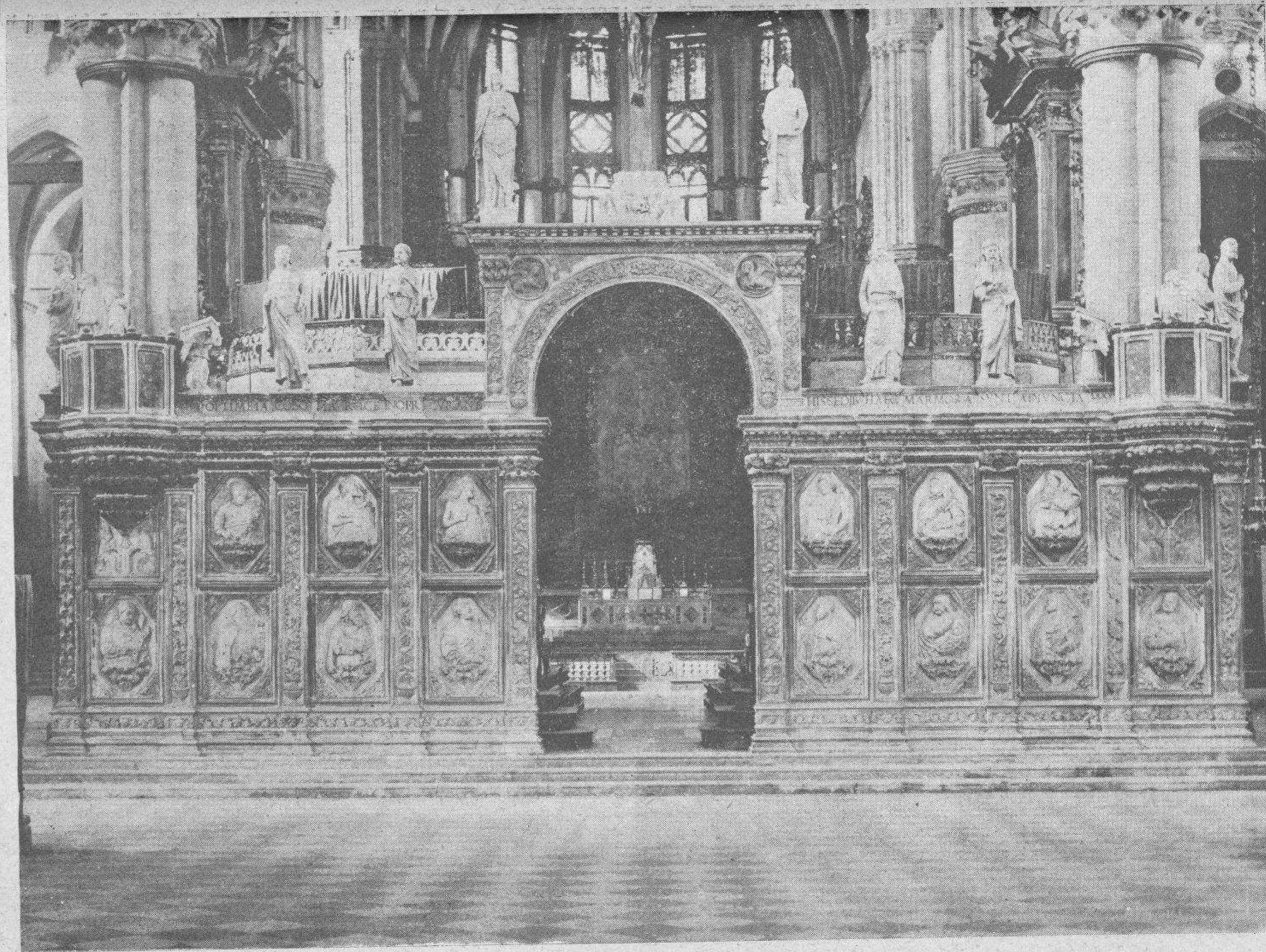
El paso ten cabe la estrecha fosa
Que encuentras al lindel de tu camino:
No pases sin alzar una plegaria
Al borde de la tumba solitaria.

CAROLINA VALENCIA





FLORENCIA. — IGLESIA DE LA SANTA CRUZ Y MONUMENTO AL DANTE



VENECIA. — IGLESIA DE LOS FRAILES, FACHADA DEL CORO, por Alinari.

SUPERDARWINISMO

Un Gorila ó un Chimpanzé,
Que en tal punto de la historia
Confieso que mi memoria
Fiel guardadora no fué,

Un mono, en fin, muy señor,
Si es licito hablar así.
Como otros hay por aquí
Con títulos de doctor;

Hizo anunciar que daría,
Con la debida licencia,
Una sabia conferencia
A toda la moneria

Y cien mil monos allí
Reuniéndose á poco van.
Desde el grave orangután
Hasta el inquieto titi:

Que todo mono creía
Una falta no asistir
Cuando se iba á discutir
Un punto de Zoología,

Precedido del rumor
Que es susurro de la fama,
Saltando de rama en rama
Se presentó el orador.

Y colocándose allí,
En alto, con graves modos,
Cuando se callaron todos,
Tosió, escupió y habló así:

«Señores, la ciencia nuestra
Va llegando á su apogeo,
Y no es petulancia, creo,
Lo que la verdad demuestra.

Hasta el mono más profano
Probar puede, y con razón,
Que es el rey de la creación
El airoso cuadrumano.

Pero ¿de dónde procede?
¿Pudo alguno haber creado
En este perfecto estado
Al cuadrumano?—No puede

Porque de ese error en pos
Lógicamente vendria,
La estúpida tontería
De la existencia de Dios.

Oid: (y vuelve á toser)
Sabia la naturaleza
A formar el hombre empieza,
Que es un imperfecto ser.

¡Imperfecto! ¡grande ó chico!
Mas su obra contemplando
Decide irla mejorando
Hasta convertirlo en mico.

Ya el pie torpe que tirano
Con el calzado disloca,
Se lo quita y le coloca
Una prolongada mano,



EN EL ÁNGULO DEL JARDÍN, por Rafael Collín.



LAS SARDINERAS DE CONCARNEAU, por A. Guillou.

Ya al brazo, que corto es,
Le hace alargarse, alargarse,
Hasta que pueda llegarse
A donde tuvo los pies.

La cara, aunque poco importa,
Sufre su transformación,
Que es digno de perfección
El tener la cara corta.

Cubre el cuerpo con la piel,
De lo más hermoso espejo,
Que substituye al pellejo
Que parecía un papel.

Da callos donde convienen;
Aunque sólo sea de asiento,
Mas no sirven de tormento
Cual los que los hombres tienen;

Y con un amor febril
Dota al ser, casi precioso,
Con el aprendice hermoso
De nuestra cola gentil:

Y así termina á su modo
La transformación pensada,
Del hombre que no era nada,
En el mono que lo es todo;

Pudiendo yo asegurar,
Con la ciencia y con la historia
Que es el hombre ¡cuanta gloria!
Un mono á medio formar.»

El entusiasmo su valla
Rompe con ciego furor,

Y rodea al orador
La monísima canalla.

—¡Bravo!—¡Bien! y se estrechaban
Manos y rabos allí;
—¡Qué sabio!—con frenesi
Los ancianos esclamaban.

—¡Qué erudición! ¡Los más romos
Comprenden esa teoría!
¿E ignorarán todavía
Lo que valemos y somos?—

El entusiasmo creciendo
Iba como ola del mar:
Los unos quieren hablar,
Otros seguir aplaudiendo.

Y el Gorila ó Chimpanzé
(Que no lo sé á punto fijo)
Que tan buenas cosas dijo,
Y tan aplaudido fué,

Aprovechó una ocasión
Para irse, en que no miraban,
Porque temió que le ahogaban
Con tanta y tanta ovación.

Y al verse en oculta senda,
Dijo el orador contento,
«¡Vaya si tengo talento!
Que aprenda Darwin, que aprenda!

De mis doctrinas en pos,
Dirá el mono sin ser loco:
«Dios es nada, el hombre es poco,
Pero el mono sí que es Dios!»

E. M. T.



LA ENVIDIA, por A. Faldí.

PERTIILES



y Bonito



LA PROPINA

Contra lo que ha dicho Jorge Manrique de que

« . . . á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor »,

los que tenemos la dicha inefable de vivir ahora, debemos felicitarnos por haber alcanzado la época presente.

No tenemos motivos para otra cosa; ó si no, vamos á ver:

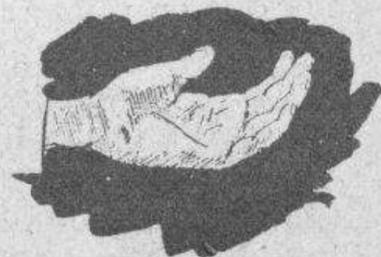
Durante este siglo, el vapor y la electricidad, en sus múltiples aplicaciones, han cambiado por completo la faz del mundo, transportándonos con rapidez vertiginosa de una á otra parte y transmitiendo el pensamiento, la voz y que sé yo cuantas cosas más; la fotografía reproduce la imagen, y, por medio de la química y de la imprenta, se fija y multiplica con carácter indeleble: á favor de los principios de libertad, conquistados con tanta sangre generosa y arraigados ya en la conciencia de todos, — según se asegura, — cayeron los privilegios, y las ciencias, las artes, el comercio, todo, en una palabra, es patrimonio de la actividad común. Ya no hay superioridad jerárquica, ni siquiera

la del talento: ya no existe el monopolio; es decir, lo mismo que si no existieran, pues ambas cosas no se obtienen sino con muchísimo dinero, — lo que no está al alcance de todos, — y mucha despreocupación (léase desvergüenza), que ya se halla más al alcance de todas las fortunas.

De poco en poco, se ha andado mucho en el terreno de las ideas, y hemos descubierto que la fealdad es belleza y lo que se llamaba belleza, fealdad: que lo conocido como verdad, es mentira, y lo reputado por mentira, verdad suprema: que lo que fué siempre calificado de vicio asqueroso ó crimen horrible, son lo sublime de la virtud: que la dignidad es soberbia: que la osadía desvergonzada y el servilismo rastrero son talento, despreocupación y ciencia de mundo laudables; en fin, la mar, como se dice ahora.

Pero, entre tantos prodigios como ha producido nuestra edad, nada me causa tanta admiración como una costumbre que en pocos años ha echado raíces muy hondas. Hablo de la propina.

Me objetaréis, sin duda, que no fué ayer la vez primera que un individuo, queriendo granjearse las simpatías de otro ó mostrarle las propias, empezó á ofrecerle algún dinerillo ó su equivalente en cualquiera otra especie; me diréis que en las primeras edades del mundo ya acontecía lo mismo. No lo niego. ¿Qué he de negar yo? Pero de eso, es decir, de darse casos aislados á ser costumbre inveterada, hay una distancia inmensa.





Porque la propina forma parte de nuestra manera de ser, se impone á nuestra vida, como el aire y el alimento se nos imponen.

O si no, vamos á ver.

Vais, por ejemp'lo, á la peluquería para que os rasuren, ó á comer á la fonda, ó entráis al café para tomar algo. Suponiendo que es la primera vez que os presentáis en cualquiera de estos establecimientos, y que, por consiguiente, no conocen aún vuestra generosidad ni vuestros medios de fortuna, indudablemente se os tratará á pedir de boca en todas par-

tes. Dais propina ó no la dais. Al volver á dichas casas, veréis los resultados de haber soltado ó no la mosca.

En el primer caso:

El oficial barbero, casi sin tocaros os dejará mundos y lirondos, olientes, corrientes y molientes, y después de ayudaros á poner el abrigo, os cepillará de arriba á bajo.

El criado del restaurant, acudirá solícito y os traerá en la mayor abundancia posible, de cuanto le pidáis, lo más selecto.

El camarero volará á vuestro llamamiento, os dará cuantas noticias pueda, cumplirá los encargos que se os ofrezca confiarle, y, no bien saquéis un cigarro, él ya os tenderá amigablemente el fósforo encendido.

En el caso segundo:

El rapa-quijadas os desollará vivo sin piedad ni ceremonia alguna.

El mozo fondista os tratará como enemigos, haciéndose el sordo á vuestra voz y procurando que muráis de hambre gastando un dineral.

El chico del café, después de fastidiaros con su cachaza, os apercibirá por poco que os extralimitéis en el uso del ron, y nunca tendrá para vosotros periódicos disponibles.

Y que es así sucesivamente en todas partes y con todo el mundo, me lo aseguran los que se hallan más al tanto de lo que pasa en este planeta que no yo, que soy un pobre de espíritu comparado con ellos.

Pero no hay pobreza de espíritu que valga; ello salta á la vista por más que uno sea un topo.

En el café, propina.

En el teatro, propina.

En la peluquería, propina.

En la fonda, propina.

En el casino, propina.

En las oficinas públicas, propina.

Y propina al limpiabotas, propina al mandadero del sastre, de la modista, del zapatero, del sombrerero, etc., á la comadrona, á la nodriza, al cochero, á los criados, aun los que sisan, al portero; esto es, propina á todo bicho viviente, hasta á los empleados de los coches fúnebres y á los mismos sepultureros, que unos y otros os la piden sin rebozo, á pesar de todas las órdenes que lo prohíben terminantemente; es decir, propina á derecha y á siniestra. ¿Y qué hacer cuando el mundo entero se halla bajo el imperio de la propina?

Nada, doblegarse á semejante ley, como á cosa ineludible, y aflojar de continuo la bolsa.

En otro tiempo, el hombre se consideraba dignificado viviendo del precio que daba él mismo á su trabajo y le entristecía la idea de que pudiese llegar un momento en que debiese fiar su subsistencia á la generosidad de los demás; hoy, por el cambio radical que han sufrido las ideas, ya es otro cantar: muchos son los que prefieren la propina al salario, y no pocos ya los que renuncian á éste por aquélla. Hasta empleados públicos se dan sin sueldo alguno. ¿Acaso contarán, para vivir, con los gajes de esta institución maravillosa? Yo, pecador de mí, ¿qué sé? El gobierno, siempre paternal y previsor, es quien de fijo lo sabe á ciencia cierta, y cuando así lo dispone, sus razones tendrá, pues nunca obra á humo de pajas.

Yo, que en mi cortedad de medios, hallo el sistema bastante incómodo, siendo, como soy, de los que dan y nunca toman, — doy alguna vez por necesidad, cuando me obligan á ello, como diciéndome: «la bolsa ó la vida», — yo, repito, no me atrevo á levantar la voz contra ello: la costumbre es ley; sobre todo, cuando los poderes públicos parecen prohibirla.

No, no quiero meterme en dibujos, á riesgo de que desbarre hablando de lo que tal vez no entiendo, y, tras ello, tenga que apechugar con alguna consecuencia desagradable, como, por ejemplo:

Con que, moral ó materialmente, alguien quiera reventarme.

Con que me empapelen.
 Con que me desafíen; porque todavía en este siglo de las luces hay
 quien desafía y quien admite desafíos.
 Y yo deseo firmemente vivir en paz, sano y entero de cuerpo y
 alma.
 Y no quiero nada con abogados ni gente curial.
 Ni que me ensarten, ni ensartar al prójimo, ni acudir, para evitar
 cualquiera de estas barbaridades, á la ridiculez de apagar en una fon-
 da los fuegos del honor quisquilloso.
 No; lo mejor es adoptar sobre la marcha el sistema corriente y ge-
 neral, y asunto concluído
 Y empiezo desde ahora.
 Vaya, pues.
 Amigo lector: ¿la lata fastidiosa que acabo de darte no merece una
 propina.



ETCÉTERA

Dibujos de XAUDARÓ.

A QÚEVEDO

Retozón inquilino del Parnaso,
 de las nueve doncellas regocijo,
 con traspillado numen y canijo,
 á husmear tus laureles me propaso.

A coces y corcovos el Pegaso
 me saque de coplero el entresijo,
 pues con meollo huero y ruin alijo
 no tus glorias celebro, las arraso.

Fui-te, burla burlando azote fuerte,
 cuya lección en zumbas se divisa,
 corrigiendo, á la par que nos divierte,
 y poniendo á los vicios cortapisa,
 todos por ti rieron, y á tu muerte
 copioso llanto desató la risa.

SONETOS

EN PURA PLATA

Un gato engarrafado en la nariz,
 un hueso en la garganta de través,
 un sembrado de callos en los pies
 y una sarna perruna por barniz
 un dolor en las muelas de raíz,
 un divieso, y sin fin otros después.
 fieras bascas de un mes y de otro mes,
 un dogal con carlanca en la cerviz;
 un baño en cueros vivos de alquitrán,
 sinapismazo en parte no común
 sentirse en el ombligo un alacrán,
 estar de un cocodrillo en mancomún,
 y vivir cual murió San Sebastián,
 ese es el matrimonio y más aún.

JULIO MONREAL



LA LLUVIA, por Alonso Pérez.

LAS MUJERES

El nombre no recuerdo á punto fijo
De un apóstol que dijo:
*De Dios el hombre es gloria,
Del hombre la mujer es otro tanto*
Yo repasando mi amorosa historia
No puedo estar conforme con el santo,
Porque me acuerdo con pesar eterno
De mujeres ya dulces ó ya esquivas,
Que en vez de ser mi gloria, ¡voto á cribas!
Sólo han sido mi infierno.
Una con calculado desdén frío
Dejó en mi corazón yerto un vacío;
Otra, ceder fingiendo á mi deseo,
Me enseñó del amor el lado feo;
Otra en el alma mía
Haciendo presa en su imprudencia loca,
Envenenó el aliento de su boca
Las ilusiones ¡ay! que yo tenía...
Y otra... y otras después á cual más bellas,
Fueron á cual peores todas ellas,
Y con tantos vaivenes,
Hermosos males y mezquinos bienes,
Celos, incertidumbres,
Y mudanza continua de costumbres,
Saqué solo en la liza
El triste corazón hecho ceniza,
Desencantado y pobre el pensamiento,
Y (lo que yo más siento)
Mi juventud de puro mal parada,

Parece una vejez bien conservada,
¡Ay! ¿para qué me sirve la existencia?
Muerta la luz de mi esperanza hermosa,
¡Nada tengo!... si tengo, la experiencia,
Que según dicen es una gran cosa.
Por ella vemos que el amor nos daña,
Que el que se dice amigo nos engaña,
Y que cuanto en la tierra se sustenta
Es por operación de compra y venta;
Y acabamos un día,
Cargados de experiencia.
Por bendecir la dulce pulmonia
Que nos lleva de Dios á la presencia,
Todos estos placeres
A vosotros debemos ¡oh mujeres!
Yo, por más que os esté reconocido
A la experiencia que me habéis legado,
Lloro por el perdido
Hermoso tiempo que viví engañado,
Que es el único tiempo que he vivido.
Estas razones tengo
Para... amaros; por eso no convengo
Con...—no recuerdo el nombre á punto fijo
Del apóstol que dijo:
*De Dios el hombre es gloria,
Del hombre la mujer es otro tanto:*
Yo, repasando mi amorosa historia,
No puedo estar conforme con el santo.

NARCISO SERRA

MISCELANEA

Aprovechando la estancia en París de nuestro infatigable director, donde le han llevado como dijimos, asuntos para la reforma que pensamos hacer en LA SAETA para año nuevo, nos ha mandado los originales para el número próximo que va á ser un verdadero portfolio.

* * *

Dos hermanos, poeta uno, y el otro músico, molestaban á Boileau muy á menudo dándole versos que, según ellos, habían hecho con grande inspiración. «¿Cuál de los dos hace los versos?» les preguntó el célebre poeta, á lo cual contestó el músico: «Mi hermano los hace y yo los canto,» «pues yo los silbo,» repuso Boileau.

* * *

Se dice que se ha vendido más de veinte mil veces la pluma de Voltaire. Esta es la industria francesa. Los ingleses tienen aún otra mucho más extraña. Han tenido su industria sobre la cabeza de Cromwell. En la época en que hacía furor la craneoscopia, todos los discípulos de Gall y de Spurzheim, en Inglaterra, tenían una cabeza de Cromwell y la enseñaban á sus amigos.

Un día sucedió que un campesino visitaba el Museo británico y pidió que le enseñasen la cabeza de Cromwell. «Aquí no tenemos esto, contestó el empleado del Museo.» «Es bien extraño, replicó nuestro hombre, pues hay una en el museo de Ashmoléen de Oxford.»

* * *

Decía un soldado: No me enojéis, que os echaré tan alto, que temáis más el hambre que la caída.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Propietario:
Pedro Motilba.

Director:
V. Suárez Casañ.

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Semestre..	5 ptas.
Año.	8 ,
Extranjero y Ultramar.	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Calle de Valencia, 311 — Barcelona.